

EL CASTILLO DE MOS

UN LIBRO de la marquesa de Ayerbe

Los buenos ejemplos dados por damas tan ilustres como la última duquesa de Alba y la actual duquesa de Villahermosa, publicando en hermosas ediciones documentos históricos, desconocidos, de sus casas, ó abriendo los tesoros de su archivo á la investigación de escritores como el Padre Luis Coloma y José Ramón Mérida, encuentran felices imitadores.

He aquí otra dama que, apartándose un momento de las fiestas sociales que brilla por elegante y por hermosa, busca lauros más duraderos en empresas más penosas, aumentando los caudales de la historia patria con el tributo de su laboriosidad.

Era conocida en sociedad la marquesa de Ayerbe y de Rubí, condesa de San Clemente, como dama de cultura no común y de despejado ingenio. Ahora afirma estas cualidades con la publicación de un libro de indudable mérito. Titúlalo la aristocrática escritora *El castillo del marqués de Mos en Sotomayor*.—*Apuntes históricos*, y es un completo estudio histórico de aquella que fué en lo antiguo inexpugnable fortaleza, y es en la actualidad magnífica residencia de verano.

No es el libro de la marquesa de Ayerbe una sencilla recopilación de documentos más ó menos curiosos. Las delicadas manos de la dama, más apropiadas para ensartar perlas que para la penosa labor de revolver en bibliotecas y archivos legajos polvorientos, no se han limitado á reunir y extractar piezas interesantes para la erudición histórica; han tomado también la pluma de la escritora, trazando un puñado de discretísimas páginas, escritas en sencillo estilo, pero con galanura que revela una exquisita intuición artística, saliendo la emprendedora dama muy airosa en su noble empeño.

La edición del libro está hecha con primor y elegancia, imitando la factura y el carácter de antiguas obras. En ello pruébese también el buen gusto de la distinguida dama, que dirigió los trabajos de la edición con singular cariño, corrigiendo las pruebas por sí misma, ordenando los ajustes y disponiendo la colocación de los elementos accesorios del adorno.

Un artista distinguido ha auxiliado á la marquesa de Ayerbe en la tarea de ilustrar las páginas del precioso volumen. En estas ilustraciones de las cabeceras y finales de los capítulos, portadas y anteportadas, índices, cabeza y cubierta, ha dado al dibujo don José Garnelo tan admirable carácter, que las reproducciones semejan copias de los grabados que adornan las portadas de los antiguos libros. En la cubierta campea el escudo de los marqueses de Mos, y debajo, encerrada en cuadrada y artística viñeta, la inscripción del título del libro y del nombre de la autora. Otro característico escudo en la portada, un lindo dibujo por cada cabecera de capítulo, varias artísticas viñetas y otros menudos dibujos completan la ilustración de la obra.

Adviértase antes que nada en este libro, el cariño que puso en escribirlo la autora; cariño que hace comprender bien la marquesa de Ayerbe en las páginas del prólogo, encabezadas con sentida copla gallega, que dice:

«Airiños as minhos aires,
airiños da minha terra,
airiños as minhos aires,
airiños, levaimé á ela.»

Nacida en el castillo de Mos; habiendo crecido bajo los castaños seculares del parque; bautizada y casada en su capilla, y amante la autora, como buena gallega de la tierra, interesáronla siempre mucho cuantas cosas se refirieran á aquellos vetustos muros de la fortaleza en que suele pasar los veranos. Y este amor al antiguo castillo donde tuvo su cuna y donde pasó horas felices de su vida, ha dado origen á este hermoso libro, que por su primor es digno de figurar en las más elegantes bibliotecas.

Faltaban en el archivo de Mos documentos preciosos para formar su historia. Cuando las tropas del mariscal Souto invadieron á Galicia incendiaron el palacio de Santa Eulalia, y allí pereció el archivo no quedando documentos que fuesen buena base para el trabajo. Pero la marquesa de Ayerbe ha suplido con su actividad las deficiencias aquéllas. Ella, buscando noticias en Aponte y en Argote de Molina, como en las colecciones del erudito Salazar, revisó libros en la Bi-

blioteca Nacional, y en el archivo del duque de la Roca, en cuya casa quedó el particular de la Casa de Sotomayor al resolverse los pleitos de que en este libro se habla, encontró las restantes noticias que para la ardua labor se necesitaba.

Pero si faltaren á la marquesa de Ayerbe documentos propios no la han faltado buenos consejeros, si de ellos tuvo necesidad. Consejero acertado pudo ser su tío, el marqués de la Vega de Armijo y de Mos, presidente de la Academia de la Historia, y su esposo, el marqués de Ayerbe, individuo de aquella Corporación, tan aficionado á los estudios históricos y literarios, como demostró publicando las curiosas *Memoias* de aquel D. Pedro de Ayerbe que acompañó á Fernando VII en su destierro algúna tiempo, y que murió asesinado al regresar del castillo de Valencia.

De aquellas investigaciones, que llenaron con noticias positivas las lagunas de la historia, salvadas antes por la leyenda con invenciones poco verídicas, y del trabajo inteligente y ordenado de la marquesa de Ayerbe, ha surgido este libro, cuyas páginas no producirán al lector el cansancio de la erudición pesada. Con su perspicacia de mujer, la aristocrática escritora aderezó perfectamente la verdad histórica y la cita erudita con la salsa de un estilo sencillo y claro, en que campean el sentimiento y la galanura. Así la obra resulta libro de amena lectura y verdadera reconstitución histórica de la ilustrada casa que tiene su último representante en el actual marqués de la Vega de Armijo y de Mos, vizconde de Pegullal, caballero del Toisón, personalidad eminente y respetable del partido democrático y de la política española.

En todos los capítulos en que el libro se divide encuentra el lector aquel interés que han menester estas composiciones históricas, desde que habla, en el primero, de los orígenes de la Casa de Sotomayor, con las ilustraciones que alcanzaron algún relieve en los primeros tiempos. Pero es acaso el más interesante el capítulo en que trata del famoso Pedro Madruga, personaje tan popular en Galicia, que aún le recuerda la copla del vulgo, repetida en los montes y valles.

«Viva la palma, viva la flor,
viva, viva Pedro Madruga,
Pedro Madruga de Sotomayor.»

Era el popular personaje un bastardo de la Casa de Sotomayor, y hombre de tales bríos, que no vacilaron Enrique IV de Castilla y Alonso V de Portugal en reconocerle los títulos y prerrogativas del señorío de Sotomayor; y aun el Monarca lusitano llegó á concederle el condado de Camiña. Bien que D. Pedro era hombre tal, que de no haberle reconocido aquellos títulos, fuera capaz de tomárselos por su mano.

Altiva y revoltosa, indomable y fiera, á la nobleza de aquel tiempo merecía la ley escasos respetos, y no siempre los Reyes lograban poner freno á sus codicias. Allí donde no bastaba la munificencia Real, conseguía lo restante la fuerza de las mamparadas. Y ello justificó—como dice la autora con acertado juicio—aquellas enérgicas medidas que tuvieron que adoptar con la nobleza los Reyes Católicos.

Curiosas son las distintas versiones que se dan, y que la autora cita, del origen de este sobrenombre de *Madruga*, tan famoso, que se ha perpetuado á través de los tiempos en vulgar locución, usada por Lope de Vega, adquiriendo carta de naturaleza en el *argot* de la gente maleante y en el idioma.

Es interesante el capítulo en que la aristocrática escritora da noticia de los pleitos sostenidos por los herederos de la Casa de Sotomayor, disputándose la propiedad del castillo de Mos; pleitos tan famosos que un Memorial, impreso de dos volúmenes, se conserva en los estantes de la Biblioteca Nacional. Curiosa es también la noticia de que al hacerse la restauración de la torre del homenaje era administrador de los duques de Sotomayor un Méndez Núñez, padre del famoso marino que fué luego gloria de España y de la tierra gallega.

Por las páginas del libro cruzan en animado desfile personajes de la ilustre Casa, que fué fundadora de otras históricas familias en Castilla y Portugal, como los Payo, Sotomayor, los Suero Gómez y los condes de Camiña. Se leen, asimismo, con sumo gusto las páginas descriptivas del histórico castillo, situado en abrupta altura, apartado de todo camino, centinela del risueño valle, cuyos muros ennegreció el tiempo, el cual, gracias á su situación, pudo librarse de los destrozos de los invasores en la guerra de la independencia, y que merced á su construcción formidable ha podido

desafiar el paso de los siglos. En esta parte donde se consagra un recuerdo al famoso pozo de la mora, hace historia la marquesa de Ayerbe de las transformaciones del castillo.

Heredada la fortaleza por el marqués de la Vega de Armijo, hizo de ella magnífica residencia de verano, que no dejan de ir á admirar los que visitan la tierra gallega. Para ello tuvo que acometer importantes obras, abriendo un camino que condujera al castillo, sin que en la restauración haya perdido su carácter la hermosa fortaleza, que se levanta hoy gallardamente en medio del frondoso parque, rodeado de castaños que, por seculares, son famosos en toda Galicia.

En las obras de restauración tomó gran parte la última marquesa de la Vega de Armijo, que descansa en la capilla gótica del castillo, y á cuya memoria dedica piadosamente su obra su sobrina María, la marquesa de Ayerbe, que fué como hija suya en la unión del mismo cañizo.

El libro de la distinguida dama ha de merecer elogios de cuantos lo lean. Más aún los merecerá por el hecho de escribirlo y publicarlo la bella marquesa de Ayerbe, que no satisfecha con brillar en las fiestas sociales por su elegancia y distinción, ha querido ilustrar con su talento los anales de su Casa.

El nombre de la actual marquesa es uno más para la historia de las grandes damas que, como las duquesas de Alba y Villahermosa contribuyeron á aumentar el caudal de la cultura patria.

MASCARILLA.